

Hacia una teoría crítica del prejuicio social. La hostilidad hacia los dependientes en la sociedad argentina contemporánea

Toward a Critical Theory of Social Prejudice.
The Hostility toward Dependents in Contemporary
Argentinean Society

*Lucía Wegelin**

RESUMEN

En este artículo se busca reconstruir la teoría del prejuicio desplegada en los diversos estudios de Theodor W. Adorno sobre el antisemitismo, para interrogar desde allí determinados discursos registrados en el trabajo de campo sobre ideologías autoritarias en la sociedad argentina contemporánea. Luego de examinar algunos dilemas teóricos que se desprenden de la teoría adorniana, se analiza el material discursivo de una serie de grupos focales realizados en la Argentina entre 2023 y 2024, con el objetivo de definir si dicha teoría del prejuicio resulta adecuada para interpretar la hostilidad contra ciertas figuras sociales estereotipadas que insiste en el trabajo de campo local, pero podría constituir un modo de atravesar subjetivamente la crisis del neoliberalismo a nivel global.

PALABRAS CLAVE: prejuicio, autoritarismo social, neoliberalismo.

* Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas, Universidad de San Martín, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: <luciawegelin@gmail.com>. ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-0636-5305>>.

ABSTRACT

This article proposes reconstructing the theory of prejudice explained by Theodor W. Adorno's different studies about antisemitism, to, from there, look at specific discourses found during fieldwork about authoritarian ideologies in contemporary Argentinean society. After reviewing some theoretical dilemmas stemming from Adorno's theory, the author analyzes the discourse of a series of focus groups held in Argentina between 2023 and 2024. The objective was to determine if this theory of prejudice is appropriate for interpreting hostility to certain stereotypical social figures, which focuses on local fieldwork, but which could be a way of subjectively working through the crisis of neoliberalism on a global level.

KEY WORDS: prejudice, social authoritarianism, neoliberalism.



INTRODUCCIÓN

El prejuicio es un tema clásico en los estudios sociológicos de Theodor W. Adorno, en tanto se dedicó a pensar las condiciones de vulnerabilidad del sujeto moderno a la propaganda fascista con contenidos antisemitas. Lo novedoso de esos estudios era principalmente la perspectiva psicológica desde la que se abordaba un problema social como las ideologías políticas autoritarias. El análisis de los discursos de entrevistados (individuales y grupales) y de los agitadores fascistas combinaba lecturas sobre dos aspectos del fenómeno: por un lado, el de las estructuras subjetivas cuyas necesidades el discurso antisemita viene a satisfacer y, por otro, el de las narrativas y su capacidad de dar sentido a problemáticas sociales específicas. Aquí, se pretende reconstruir esa doble dimensión de la perspectiva crítica sobre el prejuicio, inda-

gando en las tensiones que la atraviesan y que han dado lugar a distintas interpretaciones sobre su inscripción histórica: ¿se trata de una estructura psíquica elemental que se desarrolla especialmente en determinados individuos como rasgos de “carácter autoritario” o más bien de una estructura psíquica que las sociedades capitalistas promueven y permiten crecer en determinadas circunstancias históricas?

La reconstrucción de esta teoría crítica del prejuicio social resulta provechosa a la luz de nuestras investigaciones sobre la actualidad de los nudos narrativos y las estructuras subjetivas del prejuicio en la sociedad argentina contemporánea. Por eso, las hipótesis adornianas sobre el antisemitismo serán examinadas sobre el fondo de la posibilidad de la mutación de las narrativas hacia otros objetos de odio, que el propio Adorno sugería en los “Estudios sobre la personalidad autoritaria” (2009).¹

En el material discursivo producido a través de grupos focales en el marco del Laboratorio de Estudios sobre Democracia y Autoritarismo (LEDA-UNSAM), hemos indagado sobre los discursos violentos contra un otro social en los que se articulan las narrativas de la experiencia de la(s) crisis del neoliberalismo global, de sus inscripciones locales e incluso de la crisis desatada por la pandemia de Covid-19 (Wegelin y Cantanzaro, 2024).

En esta ocasión se trabajará con el material discursivo que surge de dos series de grupos focales realizados por el equipo del LEDA. La primera serie se desarrolló en septiembre de 2023, en el contexto de la campaña electoral que terminaría con el *ballotage* en el que Javier Milei resultó electo en noviembre de ese año. En el marco de la articulación de dos proyectos de investigación científica y tecnológica financiados por la Agencia Nacional de Promoción de la Investiga-

¹ En el mismo sentido, Zamora y Maiso han argumentado que “la fuerza de su análisis consiste en que permite apreciar los puntos en común del antisemitismo con otras formas de violencia discriminadora y, al mismo tiempo, permite dar cuenta de la especificidad de la persecución contra los judíos, que viene interpretada en su dimensión socio-histórica concreta” (Zamora y Maiso, 2012: 142).

ción, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación (uno propio, titulado “Radicalizaciones autoritarias y neoliberalismo: incertidumbre, miedo y prejuicios sociales en contextos de crisis”, y otro dirigido por la Dra. Micaela Cuesta titulado “Discurso de odio en Argentina. Sistematización, interpretación y análisis”) se llevaron a cabo diez grupos focales presenciales con participantes del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), agrupados por edad y último voto. La segunda serie se hizo en junio de 2024, en el marco de un convenio entre el LEDA y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) para indagar los procesos de radicalización autoritaria en la Argentina. En ese entonces se realizó una serie de nueve grupos focales: cuatro presenciales con participantes del AMBA y cinco virtuales a través de una plataforma de videollamadas con participantes de diferentes ciudades del interior del país, siempre agrupados por criterios de edad y último voto² para lograr la homogeneidad interna requerida (Petracci, 2007). De esa manera, se facilitan procesos de identificación rápida con los otros desconocidos, propiciando la liberación de las barreras morales más superficiales del yo tornando posible, luego, averiguar sobre temas valorativos controversiales (criterios de justicia y castigo, deberes, derechos, límites, entre otros).

Desde el LEDA, hemos corroborado que la herramienta metodológica de recolección de discursos que se utilizó resulta apropiada para interrogar las estructuras subjetivas autoritarias, ya que a partir del discurso libre que aparece frente a los disparadores de la pauta-guion en los grupos focales (en los que se aplicaron técnicas psicoproyectivas y preguntas de opinión) es posible acceder al proceso de construcción de los argumentos antidemocráticos y a los núcleos

² El dato del voto de los participantes no es utilizado para el análisis en este trabajo y por eso no será explicitado entre las referencias de cada cita textual de las discusiones en los grupos focales. De ese modo, se pretende evitar interpretaciones erróneas del material cualitativo que no debe ser leído como si se tratara de datos representativos de un tipo de votantes.

afectivos que están asociados a ellos. Dicha pauta-guion se construye siempre de nuevo, en cada trabajo de campo, incluyendo imágenes, mensajes de redes sociales o noticias ancladas a cada coyuntura. De ese modo, se busca suscitar la discusión conducida por un moderador que pretende ordenar los acuerdos y desacuerdos que surgen en el grupo, interrogando siempre por las justificaciones que están detrás de cada toma de posición. La tarea del moderador no es lograr que se superen las contradicciones que suelen aparecer, sino más bien explicitarlas ya que las interpretamos como el nudo en el que operan las ideologías, y el material discursivo que surge de estas instancias de investigación cualitativa es indagado desde la perspectiva de la crítica ideológica. Eso implica que no se toma a los discursos como un reflejo de la “opinión pública”, ya que se estaría cosificando al todo social, ni se asume una posición comprensivista que corre el peligro de convertir en racionales las posiciones más irracionales de los individuos, al presentar “causas subjetivas comprensibles” para el autoritarismo social. Para la tradición de la teoría crítica que recuperamos, el sentido, pero también el sin-sentido, son el elemento de la ideología, y los mecanismos psíquicos constituyen su operatoria. Por eso, desde esta perspectiva, no alcanza con interrogar las opiniones manifestadas de los individuos, sino que es necesario acceder también a eso que las subyace: los valores y afectos que explican los apegos a determinados objetos, imágenes y discursos, y es eso lo que se logra a través de la técnica del grupo focal, tal como se utilizó en el trabajo de campo realizado por el LEDA.

Aquí se propone articular la teoría del prejuicio legible a contraluz en los estudios de Adorno sobre el antisemitismo de mediados del siglo xx, con nuestro propio trabajo de campo en la Argentina contemporánea para, así, poder extraer conclusiones teóricas sobre la historicidad de esa teoría del prejuicio y también conclusiones analíticas sobre las disposiciones autoritarias que registramos en el presente de la sociedad

argentina. En ese sentido, se sostiene que la figura del “dependiente” se ha vuelto central a la hora de articular las narrativas de la(s) crisis en la Argentina, convirtiéndose en un otro sobre quien proyectar la frustración por el fracaso de las promesas de autosuficiencia con las que cargaba el discurso neoliberal en su versión triunfante.

Entonces, en este trabajo, se dedicará un primer momento a la reconstrucción de la perspectiva adorniana desarmando algunos de los dilemas que la atraviesan, y un segundo momento al análisis del material producido en los grupos focales y la reconstrucción de algunas narrativas del prejuicio social en la Argentina contemporánea, atravesada por múltiples coyunturas de crisis globales y locales. Desde el análisis del caso argentino se busca retornar a la teoría del prejuicio para comprender un tiempo autoritario del neoliberalismo poscrisis de 2008 (Ipar, 2018), que no puede reducirse al caso local, sino que nos interroga como fenómeno político característico del mundo capitalista contemporáneo (Lazaratto, 2020; Mudde, 2021).

EL PREJUICIO COMO MECANISMO SUBJETIVO Y EL PROBLEMA DE SU INSCRIPCIÓN HISTÓRICA

A pesar de la atención de los estudios de Adorno a las estructuras subjetivas para explicar la adhesión de los individuos a ideologías políticas antisemitas, él mismo sostenía que no pretendía explicar al nazismo, ni al antisemitismo, por causas psicológicas. En sus palabras, una teoría capaz de explicarlo “ni enumeraría una diversidad de ‘factores’ ni destacaría uno específico como ‘la’ causa, sino que más bien desarrollaría un marco unificado dentro del cual están vinculados de forma consistente todos los ‘elementos’. Ello implicaría nada menos que una teoría de la sociedad moderna en su conjunto” (Adorno, 2009: 273). No habría que interpretar entonces que en los “Estudios sobre la personalidad autoritaria” Adorno ensaya

esa gran teoría, sino que está desplegando un análisis sobre las condiciones de posibilidad subjetivas para el discurso antisemita a partir de un doble enfoque, atento a la función subjetiva del prejuicio y a su función social.

¿Pero se puede decir que hay allí una teoría del prejuicio social o se trata más bien de un estudio psicológico sobre un tipo de carácter? Si bien en el estudio de los discursos de los entrevistados en la investigación sobre la personalidad autoritaria en Estados Unidos y de los entrevistados en Alemania en la investigación publicada como *Culpa y represión* (2011), Adorno se concentra en la economía psíquica del antisemitismo para delinear un tipo de carácter vulnerable a la propaganda fascista, mientras hace eso, se va tejiendo un análisis del discurso social en términos de su condicionamiento histórico. En ese sentido, se despliega siempre una doble aproximación: una psicológica, atenta a los mecanismos psíquicos que parecerían ser característicos de algunos tipos de personalidad, y una sociológica atenta al modo en el que se inscriben socialmente los discursos con los que cuajan esos mecanismos psíquicos.

En *Anatomy of Prejudice*, Elisabeth Young Bruehl (1996) muestra el modo en el que esas dos perspectivas tendieron a separarse en los estudios posteriores sobre el prejuicio: mientras que los movimientos sociales se concentraron en los discursos sociales y su trama histórica, dándole la voz a las víctimas de los prejuicios en la construcción de teorías críticas al racismo, al sexismo y al antisemitismo, por su parte, la perspectiva psicológica (desarrollada sobre todo a partir de un clásico texto de Allport de 1954) se concentró en el estudio de la estructura subjetiva que se repite frente a diferentes sujetos/objetos del prejuicio. Young Bruehl sostiene que en la separación de esos dos aspectos del fenómeno se pierde una complejidad. Los primeros estudiaban las diferentes temporalidades, tradiciones y problemáticas sociales que están detrás de cada tipo de prejuicio, pero en ellos se invisibilizaba lo común que dispone a esos discursos en una so-

ciudad histórica determinada. A su vez, en la definición de Allport del prejuicio como “una actitud hostil o prevenida hacia una persona que pertenece a un grupo, simplemente porque pertenece a ese grupo” (Allport, 1955: 22), se tiende a reducir al prejuicio a una “propensión humana” de hostilidad defensiva frente al temor a lo extraño, que se desarrolla como un rasgo integral de personalidad, quitándole a la problemática toda historicidad.

En efecto, Allport leyó el trabajo sobre la personalidad autoritaria y otros que siguieron esa línea para mostrar que los distintos prejuicios (por ejemplo, contra judíos, negros u otras minorías) suelen medirse allí a través de índices que funcionan correlacionadamente (es decir, que se trata de ideologías que tienden a articularse) evidenciando que “el objeto específico del prejuicio es relativamente inmaterial. Lo que ocurre es que la vida psíquica entera está afectada; la hostilidad y el miedo son sistemáticos” (Allport, 1955: 92). Esa animosidad sostenida en una generalización sobre el exogrupo se caracteriza para Allport por la irreversabilidad en relación con la experiencia y eso distingue al prejuicio de los “errores en el juicio”. El prejuicio se caracteriza por estar anudado a una “resistencia emocional” que impide abandonarlo fácilmente, una inflexibilidad en la animosidad que puede encontrarse no sólo frente a diferentes exogrupos por parte de un mismo individuo, sino en el vínculo entre pueblos en diferentes tiempos y geografías. Él sugiere que aunque algunas culturas condenen ciertos prejuicios y otras no, su definición se sostiene sobre un análisis psicológico fundamental que puede utilizarse para leer fenómenos absolutamente diversos y lejanos, como el antiguo sistema de castas en la India o los *ghettos* judíos que existieron en diversos períodos históricos (Allport, 1955: 25). Para él, se trata, en todos los casos, de relaciones de hostilidad hacia lo extraño que son funcionales a la identificación con el endogrupo, vital para la propia supervivencia. Por eso es que habría para él una “naturaleza del prejuicio” que se repite en diversas culturas como una matriz homogénea,

relacionada con el reforzamiento de los valores del endogrupo cuando se siente amenazado por una exterioridad. Allport cita a Freud para sostener que esa estructura del prejuicio se asocia a un rasgo “elemental” de los hombres frente a un desafío a su narcisismo: “En la abierta antipatía y aversión que la gente siente hacia los extranjeros con quienes debe tratar, reconocemos la expresión del amor a sí mismo, del narcisismo” (Freud, citado por Allport, 1955: 43).

Adorno lee la misma cita de Freud para elaborar su teoría del prejuicio, pero ¿se trata para él de un tipo de carácter elemental o de un discurso sociohistóricamente determinado? La hipótesis que Adorno intenta indagar en sus estudios clásicos es que las convicciones políticas están asociadas con (o incluso “son expresión de”) tendencias profundas de la personalidad. La lectura de los datos cuantitativos de la aplicación del cuestionario de los estudios sobre la personalidad autoritaria condujo a un trabajo cualitativo que exploraba la diferencia entre “puntuadores altos” en las escalas de antisemitismo y etnocentrismo y “puntuadores bajos”, un trabajo que terminó identificando un tipo de carácter vinculado a la autoridad y un tipo opuesto al que Adorno alude como “el ser humano libre” (Adorno, 2011: 364). El primero se caracteriza por la disposición a someterse a la autoridad en virtud de cierto convencionalismo que lo conduce a reconocer lo que es y tiene poder. Por otro lado, tiene una representación del mundo jerárquica, se identifica con una autoridad superior mientras reconoce al resto como inferiores. Suele rechazar toda “fuerza subjetiva” que ponga en movimiento la fantasía (como por ejemplo el arte) y tiende a hacer responsable de todos los males a la naturaleza o poderes ocultos para apoyarse en algo omnipotente que le ofrezca la seguridad de la que él carece.

Ese “tipo de carácter” configura para Adorno una personalidad, entendida como “una organización más o menos estable de fuerzas dentro del individuo” (Adorno, 2009: 158) que son persistentes y determinan disposiciones a respon-

der o a actuar de cierta manera. Adorno reconoce desde el principio del estudio que es el “medio social” el que favorece determinados modos de organizar esas fuerzas interiores por sobre otras, pero recupera a Freud para proponer una explicación psicológica de esas estructuras que las coloca como resultado de procesos de los que el individuo es el protagonista. Como recuperaba también Allport de “Psicología de las masas y análisis del yo”, Freud explicaba que cuando el yo percibe lo extraño, lo exterior, lo ajeno como una amenaza (a su débil capacidad de autodeterminación, agregaría Adorno), reacciona con un reforzamiento del amor de sí narcisista que se traduce en intolerancia o aversión destructiva hacia lo extraño. Y agregaba Freud, “No sabemos por qué habría que tenerse tan gran sensibilidad frente a esas particularidades de diferenciación; pero es innegable que en estas conductas de los seres humanos se da a conocer una predisposición al odio, una agresividad cuyo origen es desconocido y que se querría atribuir a un carácter elemental” (Freud, 1992: 97).

Al rellenar “el temor infantil a ‘lo extraño’ [...] con la imaginería de un grupo específico, estereotipado” (Adorno, 2009: 274), el prejuicio parece cumplir entonces esa “necesidad subjetiva” de defender al yo cuando se siente amenazado. El prejuicio sería un mecanismo de proyección universalmente accesible asociado a una disposición al odio que es “elemental” en los seres humanos, como sugeriría Allport. Pero lo que plantea Adorno es que este mecanismo es movilizado por subjetividades en condiciones de fragilidad del yo, quienes, en ciertas circunstancias, perciben lo extraño como amenaza.

Esas circunstancias tienen a la vez dos vías de explicación en los textos de Adorno. Por un lado, Adorno sostiene que se trata de “Personas que no lograron, bajo el peso de vivencias infantiles, la cristalización de un yo autónomo, tienden, de forma especial, a las ideologías totalitarias” (Adorno, 2004a: 410). Es decir, ese tipo de carácter elemental domina

una configuración subjetiva en función de trayectorias personales que reducen al tiempo transhistórico de la lectura de Allport a una historia de vida individual, constituyéndose así como un “tipo de carácter específico”. Pero Adorno también agrega que el prejuicio crece porque cumple una necesidad social ya que, según sus estudios, el antisemitismo sirve como “un instrumento para orientarse sin esfuerzos en un mundo frío, alienado y en gran medida incomprensible” (Adorno, 2009: 274), y de esa manera funciona como una defensa contra la frustración del individuo moderno por su incapacidad de autodeterminación frente a las instituciones sociales con fuerza creciente. Las causas de la debilidad del yo no sólo pueden buscarse en las trayectorias de vida individuales que hacen a las estructuras profundas de una personalidad individual, sino que Adorno ensaya también una mirada sociológica sobre el condicionamiento histórico del yo débil, entendido como el efecto de una herida narcisista en el sujeto, por la impotencia frente a la realidad que se le impone.³ Él analiza las causas sociales para la debilidad del yo moderno, quien padece la frustración de no poder satisfacer su imagen ideal de autodeterminación. “El proceso de mecanización y burocratización exige, de las personas sometidas al mismo, adaptación en un nuevo sentido: las personas tienen que, para satisfacer las exigencias que la vida les plantea en todos sus ámbitos, mecanizarse y estandarizarse hasta cierto grado” (Adorno, 2011: 373). El individuo moderno tiene menos capacidad de forjar su propio destino

³ Jordi Maiso explica bien la génesis freudiana de ese concepto, central en las lecturas de Adorno sobre el antisemitismo cuando sostiene: “En su análisis de las formas de subjetividad en el mundo burgués, Freud había puesto de relevancia los daños que producía un proceso de socialización basado en la renuncia. En *Más allá* del principio de placer había señalado que, en el proceso de constitución del yo, la incompatibilidad de los deseos con la realidad producía ‘una herida indeleble en la autoestima, que daba lugar a una cicatriz narcisista’; su consecuencia era el sentimiento de inferioridad. Los teóricos críticos, y sobre todo Adorno, intentaron seguir el rastro de esta ‘subjetividad dañada’ en las nuevas formas de socialización” (Maiso, 2013: 141).

por la interdependencia a la que está sometido, por lo que renuncia directamente al juicio y se entrega a la funcionalidad adaptativa que le ofrecen los estereotipos.

Pero en esta doble explicación –psicológica y sociológica– parece anidar una tensión: por un lado, el prejuicio aparece como un discurso social adecuado para responder a problemáticas propias de una coyuntura histórica más o menos específica –la modernidad capitalista–; por otro lado, aparece como estructura subjetiva transhistórica que define a un tipo de carácter asociado a determinadas psicogénesis individuales. Pero entonces, ¿es una reacción adaptativa del sujeto moderno, o una propensión humana que define tipos de personalidad en función de trayectorias particulares? No sólo es empobrecedor quedarse uno de los dos polos de la tensión para comprender estos fenómenos, como sugiere la lectura de Young Bruehl, sino que sería un error hacerlo ya que ambos habitan en los análisis de Adorno como una ambigüedad no suprimible.

En las Lecciones Adorno de 2023, la psicoanalista Ilka Quindeau se hacía una pregunta similar leyendo los escritos de Adorno sobre el antisemitismo: ¿se trata de un rasgo de carácter o de una estructura latente omnipresente en el capitalismo? Como hemos mostrado, los textos de Adorno dan lugar a ambas interpretaciones ya que, en virtud de su trabajo de campo, describe fenomenológicamente un “tipo de carácter”, al que incluso a veces explica de acuerdo con una psicogénesis específica, pero también en función de conflictos sociales propios del individuo moderno en las sociedades capitalistas. Por lo tanto, sostenemos, como Quindeau, que resulta erróneo defender una lectura estrictamente psicológica del “tipo de carácter autoritario”, porque Adorno mismo nunca renuncia a las explicaciones sociológicas que enlazan esos mecanismos psíquicos con conflictos psicosociales básicos del sujeto moderno. Por lo tanto, la teoría psicoanalítica es útil a la hora de describir los mecanismos que se ponen en juego en el prejuicio, pero no para interrogar sus causas. Ella

esclarece un modo de funcionamiento psíquico, pero no alcanza para explicar por qué la debilidad del yo que lo dispara se extiende en las sociedades capitalistas modernas e incluso lo hace específicamente en algunas coyunturas dentro de ellas y de ese modo coloca al prejuicio en una temporalidad transhistórica, como sucede con la interpretación de Allport.

Pero además Adorno mismo se encarga de elaborar una crítica enfática al concepto de carácter, tal como lo usaba el psicoanálisis de la escuela “neofreudiana o revisionista” (de autores como Karen Horney o Eric Fromm). En “El psicoanálisis revisado” Adorno enfoca su crítica en la idea del carácter como una totalidad, que oculta el sistema de cicatrices que constituyen al sujeto en una sociedad alienada y trafica una “fe armonística en la unidad de la persona, que es imposible en la sociedad existente, que tal vez no resulta ni siquiera deseable” (Adorno, 2004b: 24). Cuando el revisionismo freudiano desestimaba la teoría de las pulsiones por su biologicismo, pretendiendo “sociologizar” las estructuras subjetivas que algunos textos de Freud sugerían como transhistóricas, se deshacía de los mecanismos explicativos de determinados síntomas, convirtiéndolos en rasgos de carácter, que aparecían entonces como efecto de “influencias del medio sobre el yo” y, de esa manera, se postulaba al sujeto como una existencia individual preexistente sobre el que la sociedad se imprime.

A pesar de que el intento explícito de Fromm en *El miedo a la libertad* era desarmar el vínculo estático entre individuo y sociedad que se desprendía, según él, de la deshistorización biologicista de la teoría de las pulsiones freudiana, la interpretación que él propone de la determinación social de los impulsos que “contribuyen a establecer diferencias de carácter”, reproduce un estatismo invertido según Adorno: ya no sería la naturaleza humana individual la que explica los impulsos que la sociedad frustra o satisface, sino los procesos sociales los que determinarían los caracteres diferenciales entre los individuos. Pero al desconocer los mecanismos pul-

sionales del individuo, éste aparece como una superficie sobre el que la sociedad se imprime logrando que el individuo se adapte al todo.⁴ Eso le permite a Fromm hablar, por ejemplo, de “la estructura del carácter social de la clase media” (Fromm, 2008: 134), considerando un determinismo social respecto al individuo que omite los conflictos de fuerzas que siempre atraviesan a los caracteres personales desde la lectura que Adorno hace de Freud.

El carácter social es el concepto que Fromm utiliza para pensar las estructuras adaptativas que la sociedad imprime sobre los individuos, haciéndolos “internalizar las necesidades externas, enfocando de este modo la energía humana hacia las tareas requeridas por un sistema económico y social determinado” (Fromm, 2008: 177).

En esta lectura, el prejuicio no se asocia a un carácter elemental que está en la dinámica natural de las pulsiones humanas, más bien sería la expresión de un tipo de carácter determinado socialmente, al que Fromm no sólo describe, sino que lo convierte en el factor explicativo central de procesos sociohistóricos como el éxito del nazismo. En *El miedo a la libertad*, él realiza una descripción detallada del “carácter autoritario” que implica el reconocimiento de las tendencias sadomasoquistas que conducen tanto a la sumisión autoritaria como al goce en la crueldad contra un otro, tal como sugerían las descripciones de Adorno de los puntuadores altos en los “Estudios sobre la personalidad autoritaria”. Para Fromm estos rasgos de carácter se arraigan en el sentimiento de impotencia, la soledad e insignificancia (todas expresiones del yo débil en la teoría de Adorno acerca del autoritarismo), pero él explica a los mismos, no en

⁴ La lectura de Fromm de la determinación social del carácter termina, para Adorno, asumiendo que el vínculo individuo y sociedad se reduce a la adaptación: “Así el modo de vida, tal como se halla predeterminado para el individuo por obra de las características peculiares de un sistema económico, llega a ser el factor primordial en la determinación de toda la estructura de su carácter, por cuanto la imperiosa necesidad de autoconservación lo obliga a aceptar las condiciones en las cuales debe vivir” (Fromm, 2008: 24).

función de una dinámica pulsional, sino como resultados del “medio social”. Específicamente, el carácter autoritario queda asociado a los efectos de la historia de una clase social (en el caso del nazismo, las capas inferiores de la clase media alemana) y es allí en donde Adorno considera que se suprimen teóricamente las tensiones que atraviesan a los individuos como heridas, asumiendo que ese tipo de carácter funciona como una totalidad consumada “que sólo resultaría realizable en una sociedad no traumática. Quien, como la mayoría de los revisionistas, critica a la sociedad presente, no puede cerrarse al hecho de que se la experimente mediante *shocks* [...] El carácter que hipostasian es en mucha mayor medida el efecto de semejantes *shocks* que el resultado de una experiencia continuada” (Adorno, 2004b: 23). Podríamos concluir entonces que el concepto de carácter utilizado por Adorno no puede descartarse de su interpretación de la personalidad autoritaria, pero tampoco convertirse en la única clave explicativa del fenómeno, ni en su versión biologicista (que conduce a pensar al prejuicio como una naturaleza humana transhistórica), ni en su versión sociologicista (que lo reduce a la determinación histórica absolutamente lograda).

En efecto, en “Elementos del antisemitismo”, el primer texto de Adorno y Horkheimer sobre el tema, que apareció en *Dialéctica de la Ilustración* (escrito durante 1944 y publicado en 1947), el antisemitismo no aparece asociado a un tipo de carácter, sino que se lo describe como un mecanismo psíquico caracterizado por la falsa proyección:

La teoría psicoanalítica de la proyección pática ha reconocido como sustancia de ésta la transferencia al objeto de impulsos sociales prohibidos al sujeto. Bajo la presión del *super-yo*, el *yo* proyecta como intenciones malignas del mundo exterior los deseos agresivos provenientes del *ello* (que por su fuerza, son peligrosos para él mismo) y logra así desembarazarse de ellas como reacción a ese mismo mundo exterior, ya sea en la fantasía mediante la identificación con el presunto malvado, ya en la realidad mediante una pretendida legítima defensa (Adorno y Horkheimer, 2016: 206).

Frente a la experiencia de cierta debilidad del yo, el ello proyecta su hostilidad hacia afuera (originariamente hacia el yo por su fragilidad) como una respuesta a la fantasía paranoica de una amenaza exterior. “Los objetos de la fijación son sustituibles como las figuras del padre en la infancia” (Adorno y Horkheimer, 2016: 207) y sobre ellos se descarga el impulso destructivo del ello que destruiría al sujeto si no se exteriorizara. Por eso el mecanismo de la proyección pática está en el núcleo del prejuicio entendido como mecanismo de defensa del yo, que con esa exteriorización de la violencia busca su propia autoconservación. La sociedad no es mera “influencia” sobre un yo que desarrolla entonces un “tipo de carácter”, sino que se imprime como violencia sobre la imagen del yo autónomo burgués y lo atraviesa desatando este particular mecanismo que reorienta la violencia hacia un otro.

En esta versión del análisis adorniano se destacan dos cuestiones: por un lado, que no se trata de un tipo de carácter, sino de un mecanismo psíquico latente para la subjetividad en las sociedades capitalistas; por el otro, que el prejuicio no se reduce al uso de estereotipos, cada vez más necesarios para orientarse en ese mundo complejo, sino que implica la movilización de una violencia.

El carácter cosificado de la experiencia en las sociedades capitalistas es un tema central de toda esta tradición teórica e incluso en “Elementos del antisemitismo” queda claro que el prejuicio implica la desaparición de la autorreflexión, la negación de la posibilidad de la experiencia con un otro en tanto se lo suplanta por las etiquetas propias de lo que allí se describe como “pensamiento *ticket*”: “En la sociedad industrial tardía se retrocede hasta la producción acrítica del juicio” (Adorno y Horkheimer, 2016: 216). En ese sentido, la operación de la industria cultural de suplantar “la tarea que el esquematismo kantiano aún esperaba de los sujetos” porque “para el consumidor no hay nada por clasificar que no venga ya anticipado en el esquematismo de la producción”

(Adorno y Horkheimer, 2016: 137), prepara el terreno subjetivo en el que el pensamiento *ticket* se expande ya que el estereotipo también sustituye ese trabajo categorial (Adorno y Horkheimer, 2016: 215). Allí hay sin duda entonces una primera violencia que implica la negación de la posibilidad de la experiencia con el otro, capaz de suscitar la reflexividad, en otras palabras, la negación de ese espacio de la libertad en donde germina la indagación moral. El sujeto de la experiencia cosificada es una subjetividad poscrítica que tiene inhibida la posibilidad del disenso con los estereotipos, y es la sociedad tardocapitalista la que tiende a anular el trabajo de la conciencia en el encuentro con un otro, reproduciéndose como maquinización de la vida. Pero a eso que desde Lukàcs y Simmel venía siendo pensado como “cosificación de la conciencia”,⁵ el prejuicio le imprime el mecanismo de proyección de una hostilidad que se moviliza ante experiencias de la crisis que también son causadas por el propio desenvolvimiento del capitalismo.

Adorno y Horkheimer describen una violencia específica cuando analizan el mecanismo subjetivo del prejuicio antisemita en tanto ese espacio para la autorreflexión es rellenado con una proyección imaginaria del yo movilizadora por la proyección de una hostilidad del ello. Describen cómo el sujeto socava con una hostilidad, que surge como reacción del ello frente a la violencia que le imprime la sociedad, el lugar del otro en la interacción, y es en ese sentido que ellos sostenían que “El fascismo es totalitario también en su aspiración

⁵ En “El fetichismo de la mercancía y su secreto”, Marx ya describía el carácter nodal para la reproducción capitalista de esa operatoria del *quid pro quo*: tomar a los productos del trabajo pero también a las relaciones sociales detrás de ellos como cosas. Incluso la analogía para explicar esa operatoria es la del fenómeno de la proyección en la visión humana: “Así ocurre con la impresión luminosa de un objeto sobre el nervio óptico, que no se presenta como estímulo subjetivo del mismo nervio óptico, sino como forma objetiva de una cosa existente fuera del ojo” (Marx, 2014: 103). El mecanismo de proyección aparece oculto, como en el prejuicio, y las características que resultan de esa proyección aparecen fantasmagóricamente como propiedades de la cosa o, podríamos decir, del otro cosificado como objeto del prejuicio.

a poner la rebelión de la naturaleza oprimida contra el dominio directamente al servicio de este último” (Adorno y Horkheimer, 2016: 199). Por eso, la tesis que atraviesa la *Dialéctica de la Ilustración* es la de la continuidad entre capitalismo y fascismo, que se sostiene subjetivamente en la continuidad entre la conciencia cosificada del capitalismo y el prejuicio como un desarrollo suyo. Éste cumple la función de inhibir la reflexión sobre las causas (sociales) del malestar que padece el yo, proyectando la frustración por cierta experiencia de la debilidad propia como hostilidad hacia un otro. Si, como ellos sostienen, “Desde Hamlet, la vacilación ha sido para los modernos signo de pensamiento y de humanidad” (Adorno y Horkheimer, 2016: 219), cuando el pensamiento *ticket* sustrae al sujeto de la reflexividad, anula la pregunta moral y de ese modo da el primer paso que habilita la descarga de las frustraciones del yo como deseo de destrucción hacia un otro exterior.

Por eso, la temporalidad en la que inscribimos esta lectura de su teoría del prejuicio es la de la sociedad capitalista que produce la conciencia cosificada de la que el prejuicio deriva, pero también suscita la afrenta narcisista coyuntural que dispara el mecanismo psíquico. Entonces, si bien podemos decir con Freud que esa operatoria está siempre disponible o latente, al menos para el individuo moderno, es la sociedad capitalista la que produce las condiciones sociales que la movilizan, no sólo porque mecaniza y estandariza la percepción en el proceso de adaptación –o sumisión– del individuo al volumen, la velocidad y la complejidad creciente de lo social, sino porque, especialmente en períodos de crisis, produce la frustración que el prejuicio exterioriza.

Se mencionaba al comienzo que los estudios de Adorno se caracterizan por atender no sólo a las estructuras subjetivas, sino también a los discursos sociales en los que se tejía el antisemitismo en su época. Son ellos los que inscriben al mecanismo del prejuicio en una temporalidad histórica más específica en tanto narran la frustración en su tiem-

po y espacio particular, atándola a determinados otros, señalados siempre como culpables de la hostilidad que generan. Ahí es donde aparecen las diferencias entre los prejuicios xenófobos, antisemitas o clasistas que ofrecen distintas tramas para la “afrenta narcisista”, y son más o menos exitosos en función de las coyunturas particulares de crisis que producen la experiencia de debilidad que desata la reacción hostil.

En el análisis de las entrevistas con “puntuadores altos” de los “Estudios sobre la personalidad autoritaria”, Adorno reconstruye cómo ciertos estereotipos sobre los judíos se articulaban en narrativas que ponían en movimiento ese mecanismo subjetivo. Por ejemplo, “el estereotipo habitual de la excesiva influencia judía en política y economía se hincha hasta la afirmación de una amenazante dominación global” (Adorno, 2009: 280) que es funcional a la justificación de la propia debilidad padecida en tiempos de crisis y también a la negación de la debilidad del otro que habilita que se lo convierta en objeto de hostilidad. Los estereotipos se ordenan en tramas que sirven para explicar las propias frustraciones. Adorno cita una entrevista a una mujer de 40 años en Estados Unidos que afirmaba respecto a los refugiados por la II Guerra Mundial: “No me gustan los judíos. El judío está siempre llorando. Nos están quitando nuestro país y lo están dominando. Son agresivos. Padecen todas las ansias [...] Roosevelt comenzó a meter judíos en el gobierno, y ésta es la causa principal de nuestros problemas hoy” (Adorno, 2009: 282).

Los propios problemas de los americanos en la posguerra lograban una explicación exterior, desresponsabilizante y por eso tranquilizante, gracias a este mecanismo que se sostiene sobre el estereotipo de la omnipotencia judía, que es sólido incluso frente a la experiencia del holocausto (que podría fragilizar esa imagen evidenciando la particular vulnerabilidad de los judíos como refugiados en esa coyuntura histórica). La culpabilización de un otro desata la propia hostilidad que lle-

vaba incluso en ese tipo de entrevistados a posiciones que “comprendían”, es decir, que justificaban, “lo que los alemanes les hicieron a los judíos” (Adorno, 2009: 283).

La fantasía de una omnipotencia del otro es tan recurrente como la situación de debilidad o vulnerabilidad del sujeto-objeto del prejuicio. Como destacan Zamora y Maiso en su reconstrucción de una “Teoría crítica del antisemitismo” (2012: 158), “Es el estigma de la debilidad, de la no adaptación, lo que hace que caiga sobre ellos una y otra vez la violencia, que sirve a los ‘autóctonos’ para afirmar su superioridad y su derecho a la existencia [...] Si el mecanismo social les ha marcado con el estigma de la exclusión, probablemente las víctimas no serán tan inocentes; esa es, hasta hoy, la racionalización que justifica las llamadas al derramamiento de sangre de antisemitas y xenófobos de todos los colores”. Vale decir, no es cualquier otro el sujeto-objeto de la proyección pática, sino que es un otro sobre el que se lee la propia debilidad que el yo quiere negar en sí mismo. Por eso funcionan las narrativas que reponen una jerarquía en la que él puede imaginarse superior frente a un otro débil, que no es sólo víctima, sino que es convertido en culpable de su propia debilidad.

Las crisis, ya sea que estén asociadas a periodos de posguerra o a un *crack* bursátil como el de 1929 o el de 2008, son coyunturas históricas que ocasionan una experiencia de la debilidad subjetiva masiva, capaz de disparar la afrenta narcisista que desata el mecanismo de la descarga de hostilidad hacia un otro, desplazando las causas históricas de la particular crisis por una operación de culpabilización expiatoria del yo y del sistema.

Las narrativas con las que se escriben esas crisis están atadas a las promesas del capitalismo y sus fracasos en cada época histórica, y es desde allí que emergen también los sujetos-objetos de la hostilidad en cada tiempo. Por supuesto que los estereotipos sobre los que se montan los prejuicios y las narrativas sociales en las que se escribe la hostilidad no son novedosos, tienen su propia historicidad (que en el caso del antisemitismo puede rastrearse por lo menos hasta la

Edad Media). Pero el mecanismo del prejuicio se dispara trayendo al presente esos estereotipos para explicar problemáticas coyunturales y son ellas las que facilitan la expansión de estos discursos en determinadas épocas históricas. Mientras crece la frustración, crecen también los discursos sociales que canalizan la hostilidad hacia un otro social y por lo tanto tienen mayor capacidad de éxito los discursos políticos que ordenan esa discursividad social dispersa y la capitalizan.⁶

Actualizar la teoría del prejuicio de Adorno implica entonces preguntarnos por la trama de la afrenta narcisista en el presente y de ese modo indagar en los sujetos-objetos del prejuicio que resultan más apropiados para esa narrativa. A eso se dedicará el próximo apartado.

LOS PREJUICIOS EN LA TRAMA DE LA CRISIS NEOLIBERAL

La teoría del prejuicio que Adorno reconstruyó para pensar al antisemitismo leyendo a Freud se sostiene sobre un fondo narcisista que, en el presente, es especialmente movilizado por la figura subjetiva del emprendedor en la ideología neoliberal. Si bien el propio sujeto burgués se define por el ideal de la autonomía como promesa central del liberalismo, en el neoliberalismo la autodeterminación se convierte en un mandato del discurso ideológico: el individuo no está simplemente desatado de mecanismos de dominación que le permiten autoconstruirse, sino que se lo imagina desatado de todo condicionamiento social mientras se le exige que se autoconstruya (Wegelin y Catanzaro, 2019). De ese modo, la responsabilidad por los éxitos o fracasos queda depositada en el yo (Dardot y Laval, 2013: 133-156).

⁶ Por cuestiones de espacio, en este trabajo no se abunda en el análisis de los discursos políticos de los agitadores que sí fueron parte de los estudios clásicos de Adorno y Horkheimer. En otro trabajo (Cuesta y Wegelin, 2024: 163) hemos ensayado un análisis de la retórica en Twitter de Javier Milei a partir de una reconstrucción de las estratagemas del discurso de los agitadores analizadas por Lowenthal y Guterman (1949).

Las crisis, en esta coyuntura global del capitalismo neoliberal, se experimentan entonces como un fracaso en esa autoconstrucción, de la que sólo el sujeto era responsable según la ideología neoliberal (Wegelin, 2021), de modo que la narrativa más a la mano es la de la autoculpabilización. Sin embargo, sabemos que esa afrenta al narcisismo y su omnipotencia es capaz de disparar también un mecanismo que defiende al yo, incluso de la autoculpabilización, reconduciendo la hostilidad del sujeto hacia sí mismo hacia el exterior como aversión e incluso como amenaza imaginaria. Si el estereotipo del judío omnipotente y con éxito comercial podía representar el papel de la exterioridad amenazante para el ciudadano alemán que padecía la crisis económica de posguerra que la República de Weimar no podía ordenar,⁷ la crisis del neoliberalismo ofrece un sujeto-objeto distinto para representar a la exterioridad que amenaza al yo autosuficiente del neoliberalismo: el dependiente.

Se viene sosteniendo que desde la crisis de 2008 el neoliberalismo perdió la capacidad de prometer un horizonte de integración global (Davies, 2016; Fraser, 2017). El neoliberalismo en su versión autoritaria (Ipar, 2018) nace del fin de las utopías globalistas del multiculturalismo que se demostraron como imposibles en un contexto de escasez. La crisis socava las oportunidades de autosuficiencia mientras ofrece una narrativa que responsabiliza sólo al individuo por ese fracaso. Entonces, quien renuncia desde el principio al mandato de la autosuficiencia resulta un extraño para un yo que está preso de ese mandato, especialmente cuando padece los obstáculos para satisfacerlo. El propio Adorno rastreaba en sus entre-

⁷ Fromm relata la trama de esa frustración posterior al Tratado de Versalles, que, según él, afectó simbólica y económicamente a la clase media alemana: a la inflación de 1923 que interrumpía cualquier posibilidad de ahorro, se le sumó la crisis de 1929 que revivió experiencia de inestabilidad, y mientras tanto “su prestigio social sufrió una declinación análoga”, por causas políticas (Fromm, 2008: 136). En esa escena el estereotipo del judío ahorrador y con “poder global” se articulaba fácilmente como un discurso prejuicioso capaz de descargar las frustraciones propias sobre un otro.

vistas la alta susceptibilidad a mudar el objeto de odio de los entrevistados que puntuaban alto en su escala de antisemitismo, siempre que se tratara de algún representante de esa extranjería que exponía al yo a su propia debilidad. El judío podía ser quien encarne esa exterioridad, en algunas coyunturas es fácil que todo migrante se convierta en “lo extraño” proyectado como amenaza, pero en el presente quien rechaza el mandato neoliberal y construye una vida dependiente del Estado es fácilmente convertible en ese otro amenazante, especialmente cuando además ese dependiente es a veces de origen extranjero. Se trata además siempre de figuras que encarnan una debilidad específica en cada caso, de modo que habilitan la estructura jerárquica a través de la cual el prejuicio devuelve al yo la seguridad que no tiene.

En el trabajo de campo sobre ideologías autoritarias que venimos desarrollando en la sociedad argentina desde 2013, resulta claro que el “planero”⁸ se ha constituido como esa otredad, que es lo suficientemente débil como para que el yo neoliberal autosuficiente pueda reponer un discurso jerárquico frente a él. Se trata de un otro en tanto aparece como un extraño a la “cultura del trabajo”, alguien que acepta y pone en evidencia la dependencia de la sociedad que el sujeto intenta negar para cumplir con el mandato neoliberal de la autosuficiencia.

Hombre (H): Mirá, yo escuché algo el otro día, en un *ree*/de la gente que tiene los planes. Entonces ahora hay uno que dice, si sube cual o sube tal te van a sacar los planes. Entonces le hicieron una entrevista a la chica, dice, “ahora nos van a sacar los planes y quieren que nosotros vayamos a trabajar de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde por la misma plata que nos da un plan”. Y, ¿vos de qué trabajás?

Mujer (M): De nada...

H: “De plan. Yo trabajo de planero”. “Esto es un trabajo”, dice.

M: Bueno, eso a mí me indigna.

⁸ El término alude al modo estigmatizante con el que se nombra a aquellos que cobran planes sociales o en general son beneficiarios de programas sociales de asistencia del Estado.

M: Y sí. Los obligan a ir a las marchas... A todos lados.

H: Me pegó y... quiere decir que acá se desvirtuó, ¿no es cierto? Yo creo que la gente no va a trabajar, no va a estudiar, no hace nada porque se desvirtuó todo por quedarse en la casa.

M: No tienen idea de lo que es el sacrificio de hacer algo...

H: Sí, eso se perdió.

Moderador (MOD): ¿Qué es lo que falta?

M: Falta cultura del trabajo.

H: Cultura de que vos, el dinero, te lo tenés que ganar...

(Más de 40 años, AMBA, septiembre de 2023).

Quien renuncia a la “cultura del trabajo” para entregarse a la improductividad renuncia también al mandato de la autosuficiencia del neoliberalismo que, en situaciones de crisis, se narra no sólo como esfuerzo y creatividad para autoinventarse, sino también como sacrificio (Catanzaro y Stegmayer, 2019).

M: Por ejemplo, nosotros éramos emprendedoras. Teníamos un negocio de perfumería antes del 2020. Yo en el 2020 me quedé sin trabajo porque, bueno, una cosa que subió todo, pasó lo del Covid. Y cuando nos encontramos en 2023, chau negocio, ¿entendés? Aumentó así todo de golpe y, por ejemplo, yo compraba 100.000 pesos en mercadería. Ahora avanzaba el doble, 300.000. O sea, no tenemos la economía para poder emprender...

MOD: Y ahí te preguntan, ¿un emprendedor es alguien libre que hace todo lo que quiere o es alguien como muy sacrificado que hace lo que puede?

M: Libre y sacrificado.

(Entre 30 y 40 años, AMBA, septiembre de 2023).

Venimos relatando esa transformación de los imaginarios del emprendedor que, sin perder la asociación con la idea de libertad y autorrealización individualizante, se representa también como un trabajo sacrificado (Cuesta y Wegelin, 2024: 127-140). El “planero” renuncia entonces al mandato de la autosuficiencia e incluso al sacrificio que conlleva responder al mismo en épocas de crisis.

La vagancia aparece como una de las etiquetas más comunes que se imprimen sobre los planeros, cargando de una valoración peyorativa a la dependencia que los extraños a la “cultura del trabajo” habrían convertido, voluntariamente, en modo de vida. Lo que el estereotipo de “vagos” oculta es la determinación sociohistórica de esa dependencia al individualizar en términos de “voluntad” la necesidad de los apoyos del Estado para sobrevivir. Incluso la imagen de la vagancia también pone en cuestión la verdad de la “necesidad” de quienes cobran los planes.

M: Claro. Creo que hay gente que los tiene, los utiliza, capaz no los necesita, porque la avivada siempre está. La argentinidad sigue estando y va a estar, entonces hay gente que los tiene y no los necesita, y eso no sale en ningún lado. Por eso funcionan mal. Si estuvieran controlados, llegarían a donde tienen que llegar y sería todo más igual.

M1: Yo estoy de acuerdo con que tendría que haber más control. Conozco casos aislados de que lo tienen y no lo necesitan porque están bien remunerados, es gente que no lo necesita, pero lo quiere tener por avaricia. (16 a 30 años, interior del país, junio de 2024).

Junto con esa generalización peyorativa (que cuenta en muchas ocasiones con relatos de casos individuales que se adecuan a la etiqueta) funciona otro estereotipo, de modo asociado: los planeros, además de vagos, son “malgastadores”. Se imagina que, incluso quienes sí tienen una necesidad “verdadera”, no hacen un uso racional de los beneficios que obtienen del Estado y por eso deberían ser siempre controlados.

M: A lo que yo voy, es que el tema, la decepción, digamos, es el tema de asignaciones y tarjeta Alimentar, es mucha falta de control la que hay, y por ahí vos ves a los chicos que supuestamente esa plata es para los chicos, y no está gastada en los chicos.

M1: Así como vio ella que dicen “te anoto para el Acompañar” o algo, hay muchos anuncios que dicen “lleno libreta de Anses”, o sea que ni siquiera se mueven para llevar a los chicos al control médico, ni al colegio ni nada, porque vas, pagás tanto y te la llena la libreta y vas y la presentás y seguís cobrando.

M: Y vos las ves con las pestañas así largas y las uñas así, claro, se olvidaron de la leche [...].

MOD: Dicen que es necesario para algunos, pero el Estado no está pudiendo controlar bien, ¿qué hacemos, lo damos aunque no podamos controlarlo o no se lo damos hasta que no controlemos bien?

M2: Es que debería haber un control, porque si no, para qué das algo, si está escapando por ahí la rama, creo que hay que hacer más hincapié en ese lado, hacer un foco, porque hay muchas personas que tienen un plan, y como dicen, no lo necesitan, yo tengo por ahí amigas que tienen el plan y estoy completamente en desacuerdo, que lo malgastan, personas que yo veo que sí necesitan ayuda y no la tienen, eso es muy injusto.

(31 a 60 años, AMBA, junio de 2024).

Esas etiquetas que funcionan articuladas se traducen en la manifestación de una demanda de control que no se reduce simplemente a un pedido de racionalidad en la implementación de los planes, sino que puede ser leída como la expresión de un deseo que canaliza la hostilidad hacia ese otro que debería ser objeto de un dispositivo de control y castigo. Por eso, ante la insistencia del moderador en que controlar exhaustivamente como algunos demandan puede implicar gastos mayores en el dispositivo de control que en la política social, muchos priorizan que el control se realice y buscan justificaciones para su posición, que aparece como irracional desde el punto de vista del gasto público:

MOD: Todo lo que ustedes me están diciendo, auditorías, controlar, un montón de personas lleva hacer eso, también es mucho trabajo.

H: Y pero está bien.

M: Pero generarás trabajo.

MOD: Implica mucho gasto.

H: Mucho dinero, claro.

MOD: El dilema es que si estamos ajustando, ¿vamos a gastar plata en dar más ayuda social, o vamos a gastar más plata en controlar a quién le damos ayuda social?

M: Podríamos gastar en un ente regulador.

(31 a 60 años, AMBA, junio de 2024).

En virtud de la renuncia a la autosuficiencia que se imagina detrás de la etiqueta de “vagos”, el desplazamiento entre la figura del planero y la del delincuente se vuelve fácil: él también es un dependiente, no del Estado sino directamente de los otros ciudadanos que trabajan y obtienen por vías legales y legítimas lo que el delincuente roba. En la figura del dependiente como alteridad del yo emprendedor se reúnen tanto los que viven de planes sociales como los que viven de la delincuencia, y de ese modo también se produce un desplazamiento entre la violencia propia de los deseos punitivistas contra quienes delinquen y la violencia que también resultaría deseable descargar sobre quienes, como ellos, viven sin trabajar.

M: Yo lo veo más como que están abusando bastante de eso, de lo de justicia social... porque se han dado casos... porque ella dijo lo de los pobres, pero también le están dando demasiada libertad a eso, porque no hace poco estuvo el caso del médico que no sé cómo fue que mató a uno de los chorros, y terminó él en cana por defenderse, porque pobre pibe estaba yendo a laburar... que laburar para ellos es ir a robar... o sea pobre angelito de Dios, no merecía seis tiros en la cabeza por ir a robarle el auto al médico, que sí puede... o sea, no es así, el chabon labura, mantiene a su familia, y vienen estos [ininteligible]... porque yo me fui a laburar, a robarte a vos el auto, que vos sí podés comprártelo, entonces pobre de mí que soy un pobre infeliz... y la gente “ah, no, pobre, no tiene para comer”, dejame de joder... o sea eso para mí está mal...

(Entre 16 y 25 años, AMBA, septiembre de 2023).

La clásica asociación ideológica entre pobreza y delincuencia (Neubacher y Bögelein, 2020) toma una nueva forma cuando es la falla en la autosuficiencia lo que las articula, habilitando de ese modo la descarga exterior de la hostilidad hacia el yo por su propio fracaso en alcanzarla. El desplazamiento de sentidos que venimos registrando en el trabajo con grupos focales (Cuesta y Wegelin, 2017) entre “justicia social” y “justicia por mano propia” resulta sintomático del desplazamiento del deseo de violencia que se dirige ya no sólo contra

los delincuentes, sino también contra los beneficiarios de los planes sociales diseñados en nombre de la justicia social. Como se ve en el siguiente fragmento, el propio término “justicia social” se ha convertido en un modo de expresar ese deseo de descarga de violencia contra los delincuentes. Con el castigo “duro” se busca restituirlos de la responsabilidad de la que ellos reniegan cuando pretenden vivir del trabajo ajeno, y por eso decimos que puede leerse allí un síntoma de que el dependiente, desresponsabilizado de su propio destino, es el objeto de descarga de hostilidad privilegiado.

MOD: ¿Qué es la justicia social M3?

M: Yo lo veo más por la parte de seguridad, de que si alguien comete algún delito, tiene que ser castigado con el peso de la ley. Y también que me gustaría que se reforme un poco el tema de la edad para que se pueda condenar, digamos, una pena por lo que se comete. Porque hay chicos que tienen 16 años, salen a robar, asesinan, cometen actos terribles y no hay nada para ellos. Ni siquiera van a un correccional, no los meten presos por la edad, porque son menores de edad, para mí deberían corregir eso. Bueno, que se haga justicia por todos los asesinatos que hay, robos [...].

H1: Y yo creo que haría falta algo relacionado con lo que decía la M3. Bastante, una mano dura tendría que bajar ahí el presidente, porque de verdad, mucha delincuencia [...].

MOD: Entonces justicia social para vos es más mano dura, ¿algo así?

H1: Yo creo que sí.

M2: Opino lo mismo que el chico que terminó de hablar.

(Entre 16 y 30 años, interior del país, junio de 2024).

Ese desplazamiento de sentidos habla de una transmutación valorativa de los entrevistados que ya no imaginan lazos de solidaridad con los otros vulnerables, sino que los identifican como objetos de castigo. Pero además, en esa “confusión” se expresa la trama de la afrenta narcisista en el discurso neoliberal: el yo descarga su frustración por las fallas en su propia autosuficiencia imaginaria sobre aquellos que le muestran que es posible renunciar a tal mandato y vivir dependiendo de otros, desresponsabilizándose. El de-

pendiente se transforma entonces en una amenaza en tanto expone la vulnerabilidad de la que el yo neoliberal pretende escabullirse.

Ya no se trata entonces de un estereotipo peyorativo, sino de la proyección de una violencia contra ese otro que es percibido como una amenaza para el yo imaginario del neoliberalismo. Un fragmento de un grupo focal expresa de modo explícito la analogía entre la violencia propia del antisemitismo que estudiaba Adorno y la violencia contra los dependientes que el capitalismo neoliberal moviliza:

M: Pero la gente que lo votó a Hitler... ¿Vos escuchaste eso también, no? En ese momento no quería a los judíos. Yo tenía una vecina... No, no, no, no digo que está bien que venga a matar. Pero yo digo que si una persona me dice, mira, ahora toman el poder. Empezamos a cortar los planes, que la gente empiece a laburar... Produzcamos laburo, que vengan empresas de afuera que va a haber trabajo. Si una persona me dice eso, no me importa que saquen los planes sociales, que saquen lo que quieran.

Mod: Pero... ¿Y si mueren personas?

M: ¿En mi opinión para mí? No, porque yo estoy en contra de eso. A ver, yo estoy en contra de que vengan los militares, estoy en contra de los extremos. Pero si viene una persona con el discurso que tenía Hitler cuando empezó. No diez años después cuando se le ocurrió hacer esa barrabasada, ¿me entiendes? Esa barbaridad. Pero cuando empezó era este libreto, ¿me entendés? El de va a haber trabajo, el de te voy a arreglar las calles, el de la gente no va a tener hambre [...].

Por ejemplo, ustedes me están dando el ejemplo de Milei, que tiene muchos conocimientos, ponele que nos arregla el país en diez años, que sé yo. Pero saca a los militares, empieza todo lo eufórico, todo, y ahí está el sacrificio, donde vos pensás, bueno, me arregla el país en diez años, pero en diez años empieza el holocausto.

Mod: ¿Y entonces?

Y entonces eso ya sería hacer un sacrificio que yo capaz puedo llegar a afrontarlo, porque de toda la gente, de todos los presidentes que tenemos, ninguno vamos a saber qué es lo que va a pasar dentro de unos años, aunque digan, aunque digan.

(Entre 16 y 25 años, AMBA, septiembre de 2023).

Los judíos o los que cobran planes sociales son “sacrificables” para que el orden imaginario, históricamente determinado, en

el que una subjetividad se siente segura (y no débil, no frustrada ni fallada) se restituya. Como resultado de ese mecanismo un holocausto aparece como justificable. En síntesis, el prejuicio como mecanismo psíquico es capaz de funcionar en diferentes coyunturas de crisis que masivamente los sujetos experimentan como afrentas al narcisismo y se narran en diversos relatos que articulan causas de las crisis con sujetos-objetos que pueden señalarse como culpables. Finalmente, la violencia que se descarga sobre ellos aparece como un modo necesario y legítimo para salir de esas coyunturas y de la vulnerabilidad que el sujeto experimenta en ellas, desplazando a la vez la posibilidad de visibilizar las causas estructurales o históricas determinadas de cada crisis en cuestión.

PALABRAS FINALES

Hasta aquí hemos elaborado la pregunta por la dimensión histórica de la teoría del prejuicio que se desprende de los estudios de Adorno sobre el antisemitismo, así como intentado reconstruir diferentes posibilidades de respuesta. Es evidente que en sus textos anida una tensión que ahora podemos enunciar mejor como la dimensión transhistórica del propio mecanismo psíquico y la inscripción histórica de las frustraciones que son capaces de movilizarlo masivamente. Las diversas crisis aparecen como el nombre propio de esas afrentas al narcisismo, habilitando la extensión de determinados objetos del prejuicio por sobre otros en cada coyuntura.

En la experiencia argentina de la crisis neoliberal de la que somos contemporáneos, en la figura del planero emerge el otro en la narrativa del yo emprendedor. Lo que evidencian las citas de los grupos focales, es que no se trata de un simple desacuerdo sobre las políticas sociales, que podría ser parte del debate público sobre lo justo y lo eficiente en una sociedad democrática, sino que la etiqueta de “planero” sirve para condensar una serie de estereotipos: los que de-

penden del Estado son vagos, no quieren trabajar y disfrutan de su dependencia haciendo malos usos de la plata que reciben para cubrir sus necesidades básicas. Esos estereotipos no sólo producen la desafección en relación con las condiciones de vida de aquellos que no pueden valerse por sí mismos por estar en alguna situación de vulnerabilidad social, sino que desata un deseo de control y una demanda de castigo sobre los dependientes que realizan esos malos usos imaginarios. La hostilidad de esta movilización histórica del prejuicio se orienta contra los desviados de la norma social de la autosuficiencia, como demanda de control y de castigo e incluso como desafección por su suerte en lograr las condiciones para la supervivencia, es decir, se asemeja a la crueldad. El yo se refuerza en un momento de debilidad cuando proyecta la hostilidad que le provoca la frustración de su propia imagen narcisista, hacia el desviado de la norma del esfuerzo que comanda la “cultura del trabajo”. A la vez, mediante ese mecanismo, no sólo se defiende de su propia hostilidad, sino que se produce una identificación que refuerza al yo espejado en un nosotros identitario (Freud, 1992). El rol de los líderes autoritarios parece ser el de ofrecer narrativas para ese reforzamiento y de ese modo abrir canales de expansión para el mecanismo del prejuicio social (Cuesta y Wegelin, 2024: 163-181).

Tanto el planero como el delincuente se articulan en narrativas que movilizan prejuicios contra ellos en tanto dependientes y que los colocan como amenazas exteriores para un yo dispuesto al máximo castigo para ambos. Se trata de un yo que efectivamente está amenazado por el dependiente, pero no porque el plan social “le quite de sus impuestos” o porque “su vida corre peligro ante la delincuencia creciente”, sino porque esos otros ponen en evidencia la imposibilidad generalizada de una vida autosuficiente en el neoliberalismo poscrisis, imposibilidad que el sujeto mismo padece como frustración. Es en función de esta particular dimensión histórica de la experiencia de la crisis del neoliberalismo para los subjetivados en ese discurso y orden imaginario (todos

los que participamos del orden capitalista contemporáneo, aunque en distintas medidas), que todas las otredades que reconocen su vulnerabilidad y la traducen en vidas siempre dependientes (no autosuficientes) pueden fácilmente convertirse en objetivos de alguna modalidad de violencia de los múltiples prejuicios contemporáneos. No es de extrañar que si desde el discurso político se ofrecen narrativas de estigmatización y culpabilización de la crisis de otras figuras sociales que construyan sus vidas desde posiciones manifiestamente vulnerables, como el colectivo LGBTQ+, sea posible que ellas también sean susceptibles de volverse objetivos de hostilidades promovidas por los prejuicios.

Mientras la ideología neoliberal siga siendo la que escriba las narrativas de su propia crisis, la violencia del prejuicio contra los dependientes, personificados en diversas figuras sociales cargadas de estereotipos, tiene condiciones para seguir expandiéndose. Hasta el momento, los liderazgos de extrema derecha parecen estar sabiendo darle voz a esas narrativas y reforzarlas, pero la disputa por los modos de narrar la crisis aún está abierta. Es desde allí que es posible interrumpir las dinámicas de movilización de la violencia del prejuicio que nuestras sociedades padecen en el presente.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor W. (2004a). "La teoría freudiana y el modelo de la propaganda fascista". En *Escritos sociológicos I*. Obra completa 8. Madrid: Akal.
- ADORNO, Theodor W. (2004b). "El psicoanálisis revisado". En *Escritos sociológicos I*. Obra completa 8. Madrid: Akal.
- ADORNO, Theodor W. (2009). "Estudios sobre la personalidad autoritaria". En *Escritos sociológicos II*, vol. 1. Obra completa 9/1. Madrid: Akal.
- ADORNO, Theodor W. (2011). "Culpa y represión" y "Prejuicio y carácter". En *Escritos sociológicos II*, vol. 2. Obra completa 9/2. Madrid: Akal.

- ADORNO, Theodor W. y Max Horkheimer (2016). *Dialéctica de la Ilustración*. Obra completa 3. Madrid: Akal.
- ALLPORT, Gordon (1955). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: Eudeba.
- CATANZARO, Gisela y María Stegmayer (2019). “El nuevo giro neoliberal en la Argentina: omnipotencia, mandato sacrificial y aidez de castigo”, *Critical Times* 2 (1): 159-185. Disponible en: <<https://doi.org/10.1215/26410478-7615043>>.
- CUESTA, Micaela y Lucía Wegelin (2017). “Imaginaros de justicia social en las subjetividades argentinas contemporáneas”, *Methaodos. Revista de Ciencias Sociales* 5 (2): 243-259. Disponible en: <<http://dx.doi.org/10.17502/m.rcs.v5i2.150>>.
- CUESTA, Micaela y Lucía Wegelin (2024). *Prejuicio y política*. Provincia de Buenos Aires: Unsam Edita.
- DARDOT, Pierre y Christian Laval (2013). *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa.
- DAVIES, William (2016). “El nuevo neoliberalismo”, *New Left Review* 101. Disponible en: <https://newleftreview-org.translate.google.com/translate/goog/issues/ii101/articles/william-davies-the-new-neoliberalism?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc>.
- FRASER, Nancy (2017). “The End of Progressive Neoliberalism”, *Dissent*, 2 de enero. Disponible en: <https://www.dissent-magazine.org/online_articles/progressive-neoliberalism-reactionary-populism-nancy-fraser>.
- FREUD, Sigmund (1992). “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- FROMM, Eric (2008). *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.
- IPAR, Ezequiel (2018). “Neoliberalismo y neoautoritarismo”, *Política y Sociedad* 55 (3): 825-849.
- LAZARATTO, Maurizio (2020). *El capital odia a todo el mundo*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LOWENTHAL, Leo y Norbert Guterman (1949). *Prophets of Deceit. A Study of the Techniques of the American Agitator*. Nueva York: Harper & Brothers.

- MAISO, Jordi (2013). "La subjetividad dañada. Teoría crítica y psicoanálisis", *Constelaciones* 5: 132-150.
- MARX, Karl (2014). *El capital*, tomo 1. Madrid: Akal.
- MUDDE, Cas (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.
- NEUBACHER, Frank y Nicole Bögelein (2020). "¿Criminalidad de los pobres - criminalización de la pobreza?", *Revista Sistema Penal Crítico* 1: 43-67.
- PETRACCI, Mónica (2007). "La agenda de la opinión pública a través de la discusión grupal. Una técnica de investigación cualitativa: el grupo focal", en A. L. Kornblit, *Metodologías cualitativas en ciencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- QUINDEAU, Ilka (2023). "Wozu Antisemitismus?", en *Adorno-Vorlesung 2023: Ilka Quindeau »Wozu Antisemitismus?«*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=Ehee9RoMV9U>>.
- WEGELIN, Lucía (2021). "¿Ideología o racionalidad? Interrogaciones epistemológicas sobre la relación neoliberalismo-democracia a partir de la perspectiva foucaultiana", *Revista Política y Sociedad* 58 (3). Madrid: Universidad Complutense.
- WEGELIN, Lucía y Gisela Catanzaro (2019). "Hacia una dialéctica de la autonomía: encrucijadas del individuo en el neoliberalismo", *Intersticios sociales* 18. Jalisco, México: Colegio de Jalisco.
- WEGELIN, Lucía y Gisela Catanzaro (2024). "Narrativas de un tiempo en crisis. Reconfiguraciones de las representaciones del futuro en la Argentina contemporánea", *Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales* 20: 307-334.
- YOUNG Bruehl, Elisabeth (1996). *Anatomy of Prejudice*. Massachusetts: Harvard University Press.
- ZAMORA, Jorge y Jordi Maiso (2012). "Teoría crítica del antisemitismo", *Constelaciones* 4: 133-177.